

mujer ménos coqueta cuando se encuentra á su satisfaccion.

Al influjo de una temperatura más suave, la nieve se habia derretido y no quedaba vestigio de ella sinó en los sitios expuestos al norte. Brillaba un rayo de sol. Isabel no pudo resistir á la tentacion de abrir la ventana y sacar un poco su linda cabeza para examinar la vista que desde su cuarto se descubria, capricho tanto más inocente cuanto la ventana miraba á un callejon desierto, formado de un lado por la posada y del otro por una larga pared de jardin por encima de la cual se elevaban las despojadas copas de los árboles. Desde el punto donde se hallaba Isabel descubriase el jardin, del que con los ojos podia seguirse el dibujo de un parterre señalado por ramajes de boj; al fondo se levantaba un palacio cuyas ennegrecidas paredes daban testimonio de su antigüedad.

Paseábanse á lo largo de un plantío de ojaranzos, dos caballeros, jóvenes ambos y de simpática fisonomía, pero no iguales de condicion, á juzgar por la deferencia que el uno mostraba hácia el otro, manteniéndose un poco atrás y cediendo la parte alta de la alameda cada vez que al llegar al extremo de esta retrocedian. El primero de aquella amistosa pareja era Orestes, y Pílares el segundo. Orestes, démosle este nombre puesto que aun no sabemos el verdadero, podia contar de veinte á veinte y dos años. Tenia pálido el semblante y densamente negros los ojos y el cabello. Su jubon de terciopelo color de tabaco hacia resaltar su talle flexible y esbelto: sujeta con una presilla cuyas borlas le caian sobre el pecho, colgaba de sus hombros una capa de los mismos color y tela, bordada con triple galon de oro; botas caidas de piel blanca de Rusia calzaban sus piés, que más de una mujer hubiera envidiado por su pequeñez y su comba que todavía hacia resaltar más el alto tacon de la bota. En la audaz soltura de sus movimientos, en la altiva seguridad de su postura, adivinábase un gran señor, seguro de ser bien recibido en todas partes y delante de quien la vida se abria sin obstáculos. Pílares, de cabello y barba rojos, vestido de negro de la ca-

beza á los piés, aunque de buen aspecto, no tenia ni con mucho el aire de magnificencia de su compañero.

—Te digo, querido, que Corisanda me aburré,—exclamó Orestes al dar la vuelta al extremo de la alameda y continuando una conversacion comenzada antes que Isabel hubiese abierto la ventana;—he ordenado que no le abriesen la puerta y voy á devolverle su retrato tan tosco como su persona, junto con sus cartas más fastidiosas aun que su conversacion.

—Sin embargo Corisanda os ama,—objeto tímidamente Pílares.

—¿Y esto qué me importa á mí si yo no la amo?—replicó Orestes con una especie de arrebató.—¿De esto se trata! ¿Debo yo acaso caridad de amor á todas las necias y doncellas que tienen el capricho de enamorarse de mí? Soy demasiado bueno. Me dejó engatuzar por aquellos ojos de carpa desmayada, por aquellos lloriqueos, por aquellos suspiros, por aquellas jeremiadas, y concluyo por encapricharme, mientras reniego de mi excesiva bondad y cortesía. De hoy más usaré de una ferocidad hircaniana, seré frio como Hipólito y huiré de las mujeres como José. Diestra tendrá que ser la Putifar que pondrá la garra en la orilla de mi capa. Desde ahora me declaro misogino, es decir enemigo de las faldas, sean de camelote ó de tafetan. ¡Malhayan duquesas y cortesanas, mujeres de la ciudad ó pastoras! quien dice mujer dice enredos, falsedades ó aventuras desagradables. Las odio desde las tocas al chapin, y voy á cubrirme en castidad como un frailecito en su capucha. Esa maldita Corisanda me ha quitado el gusto de su sexo para siempre jamás amen. Renuncio á él...

En este punto estaba Orestes de su discurso, cuando, levantando la cabeza como para tomar al cielo por testigo de su resolucion, percibió por casualidad á Isabel en la ventana. Acercóse á su compañero, y dándole con el codo le dijo:

—Mira allí, en aquella ventana, fresca como la Aurora en

su balcon de Oriente, aquella adorable y graciosa criatura que más que mujer parece deidad, con sus cabellos castaño claro, su terso semblante y sus dulcísimos ojos. ¡Qué graciosa está, así reclinada en el alféizar, un poco echada hácia delante, actitud que deja descubrir bajo la gasa de su camisolin las redondeces de su garganta de marfil! Apuesto que tiene el carácter blando como la cera y que en nada se semeja á las demás mujeres. Debe ser modesta, amable y bien educada, y su conversacion agradable y encantadora.

—¡Malapeste!—respondió Pílates riendo,—¡vaya una vista teneis que desde aquí tales cosas descubris! yo, no veo más que una mujer en una ventana, linda sí, pero que sin duda no está adornada de ninguna de las incomparables perfecciones de que tan liberalmente la dotais.

—¡Oh! la amo ya con todo mi corazon. Estoy enamorado de ella; necesito que me ame, y será mia aunque para conseguirlo deba usar de los más sùtiles artificios, vaciar mis arcas y hender cien rivales.

—Ta ta ta, no os calenteis los cascos,—dijo Pílates,—pues podríais ganaros una pleuresía. ¿Pero qué se ha hecho de aquel odio al sexo que pregonabais no há mucho con tanta jactancia? Poco firme debia de ser cuando ha bastado la vista del primer palmito para pulverizarlo.

—Cuando yo hablaba y me deshacia en invectivas, ignoraba que existiese ese ángel de belleza, y todo lo que he dicho no son más que vituperables blasfemias, herejía pura y monstruosidad, que suplico á Venus, diosa del amor, me perdone.

—Os perdonará, no lo dudeis, pues es indulgente para con los enamorados locos de los que vos sois digno de llevar el estandarte.

—Voy á inaugurar la campaña,—dijo Orestes,—y declarar cortesmente la guerra á mi bella enemiga.

Diciendo estas palabras, se detuvo, fijó su mirada en Isabel, se quitó galante y respetuosamente el sombrero cuya

larga pluma barrió el suelo, y envió con los dedos un beso en direccion de la ventana.

La jóven comedianta, que vió la accion, tomó un ademan frio y grave como para dar á comprender á aquel insolente que se equivocaba, cerró la ventana y corrió la cortina.

—Hé ahí la Aurora que se oculta detrás de una nube,—dijo Pílates,—esto no es de buen augurio para el resto de la jornada.

—Yo miro, al contrario, como signo favorable el que la bella se haya retirado. Cuando el soldado se oculta tras la almena de la torre, quiere decir que la flecha del sitiador ha dado en el blanco. Ella está enamorada, te digo, y ese beso la obligará á pensar en mí toda la noche, no sea más que para injuriarme y tacharme de audaz, falta que no desagrade á las mujeres. En la actualidad hay algo entre ella y yo. Ténue es el hilo, es cierto, pero procuraré reforzarlo de manera á hacer de él una cuerda para subir al balcon de la infanta.

—Sabeis á maravilla las teorías y estratagemas del amor,—dijo Pílates respetuosamente.

—Me precio de ello algunas veces,—contestó Orestes.—Ahora vayámonos dentro, pues la bella asustada no volverá á parecer tan pronto. Esta noche pondré en campaña mis lacayos de confianza.

Los dos amigos volvieron á subir las gradas del antiguo palacio y desaparecieron.

Los dos amigos volvieron á subir las gradas del antiguo palacio y desaparecieron.

Volvamos á nuestros actores.

No léjos de la posada habia un juego de pelota maravillosamente á propósito para establecer en él una sala de espectáculos. Los cómicos lo alquilaron, y un maestro carpintero de la ciudad, bajo la direccion del Tirano, lo hubo pronto dispuesto para su nuevo destino. Un pintor vidriero, que se

entremetia en embadurnar muestras y pintajarrar escudos de armas en las carrozas, retocó las decoraciones, descoloridas á fuerza de servir, y aun pintó una no del todo mal. El cuarto donde se desnudaban y volvian á vestirse los jugadores de pelota, fué trasformado en vestuario para los cómicos, con biombos que ródaban los tocadores de las actrices y formaban unos como gabinetes.

Todas las localidades fueron tomadas con anticipacion, lo que prometia un buen ingreso.

—¡Qué lástima,—decia el Tirano á Blazius mientras enumeraba las piezas que seria bueno representar,—qué lástima que Zerbina nos falte! Una doncella es de todas veras el grano de sal, *mica salis*, y la pimienta de las comedias. El chispeante buen humor de la nuestra ilumina la escena: reanima los pasages lánguidos, y hace explotar la risa que no quiere decidirse, enseñando sus treinta y dos perlas adornadas de vivo carmin. Con su charlería, su insolencia y su lascivia, da realce á los púdicos dengues, á la languidez de lenguaje y á los arrullos de la amante. Los colores chillones de su corta saya alegran la mirada, y puede descubrir hasta las ligas, ó poco ménos, una pierna delicadamente modelada cubierta con una media encarnada con ribetes dorados, perspectiva agradable á los jóvenes como á los viejos, á estos sobretodo en los que ella despierta la adormecida lubricidad.

—Verdaderamente,—respondió Blazius,—la doncella es condimento precioso, una caja de especias que salpimenta la sosería de las comedias modernas. Pero debemos pasarnos sin ella. Ni Isabel ni Serafina pueden desempeñar este papel. Por otra parte tenemos necesidad de una dama y de una coqueta. Cargue el diablo con aquel marqués de Bruyeres que nos ha arrebatado la perla, el fénix y el espejo de las doncellas en la persona de la incomparable Zerbina.

Aquí llegaban de su conversacion los dos cómicos, cuando delante de la puerta de la posada se oyó argentino ruido de cascabeles, seguido de pasos vivos y cadenciosos que re-

sonaban sobre el empedrado del patio. Los interlocutores se apoyaron en la balaustrada de la galería por donde se paseaban, y percibieron tres mulas enjaezadas á la española, con bordados, flecos de lana, racimos de campanillas y mantas á rayas; muy aseado y rico todo, no trascendiendo en nada á bestias de alquiler.

En la primera iba montado un picaronazo de lacayo, con librea cenicienta, llevando en la cintura el cuchillo de caza y el arcabuz atravesado en el arzon; tenia el aire insolente como un gran señor y por tal hubiera podido pasar á vestir de otra manera. Con una cuerda arrollada á su brazo tiraba de una segunda mula cargada de bultos equilibrados á cada lado de la albarda y cubiertos con una manta valenciana.

La tercera mula, de mejor aspecto y arrogante andar que las otras dos, llevaba sobre sus lomos una joven cuidadosamente envuelta en una capa de pieles y cubierta la cabeza con un fieltro ceniza con pluma encarnada caido sobre los ojos.

—¡Calla!—dijo Blazius al Tirano,—¿no te recuerda algo esa comitiva? Parece que no es esta la vez primera que oigo resonar esos cascabeles.

—¡Por San Alipantin!—contestó el Tirano,—son las mismas mulas que vinieron á arrebatarnos á Zerbina en la encrucijada de la Cruz. En mentando al ruin de Roma...

—Se le ve la pluma,—interrumpió Blazius riendo;—¡oh dia tres y cuatro veces venturoso, digno de señalarse con piedra blanca! es la señora Zerbina en carne y hueso; mírala saltar de su montura con aquel gracioso movimiento de caderas que sólo á ella pertenece y arrojar su capa sobre el brazo del lacayo. Ahora se quita el fieltro y sacude sus cabellos como un pajarito sus plumas. Vayamos á su encuentro y bajemos la escalera saltando los escalones de cuatro en cuatro.

Blazius y el Tirano descendieron al patio y encontraron á Zerbina en la gradería que daba acceso á la posada.

La bulliciosa joven saltó al cuello del Pedante, y tomándole la cabeza, y añadiendo la accion á la palabra, dijo:

—Deja que te abrace y bese tu vieja carantoña con toda mi boca y con el mismo entusiasmo que si fueses mozo y guapo, por la alegría que experimento de volverte á ver. No tengas celos, Herodes, y no frunzas tus negras cejas como si fueses á ordenar el degüello de los inocentes. He comenzado por Blazius porque es el más feo.

Zerbina cumplió lealmente su promesa, pues era jóven de palabra y tenia probidad á su manera. Dando luego una mano á cada uno de los actores, subió á la galería en la que maese Billot le hizo preparar un cuarto. Apenas hubieron penetrado en él, la doncella dejóse caer sobre un sillón, y se puso á respirar ruidosamente como persona que se ha quitado un gran peso de encima.

—No podríais imaginaros,—dijo Zerbina á los dos cómicos, despues de un momento de silencio,—el placer que experimento al encontrarme de nuevo entre vosotros; pero no vayais por esto á creer que yo esté enamorada de vuestros hocicos corroidos por el albayalde y el carmin. Gracias á Dios, no amo á nadie. Lo que motiva mi alegría es que vuelvo á entrar en mi elemento, y sabido es que uno se encuentra mal fuera del suyo. El agua no conviene á los pájaros así como á los peces el aire. Los unos se anegan y los otros se sofocan. Yo soy cómica por temperamento y mi atmósfera es el teatro. Sólo en él respiro con entera libertad; el tufo de las humosas velas me sabe mejor que algalia, benjuí, ambar gris y almizcle. El husmo de los bastidores huele á mi nariz como bálsamo. El sol me aburre y la vida real me parece insípida. Necesito servir amores imaginarios, y para desplegar mi actividad el mundo de novelescas aventuras que bullen en las comedias. Desde que no me prestan su voz los poetas, me hago el efecto de ser muda. Así es que vuelvo á hacerme de nuevo cargo de mi empleo, pues espero que no habreis contratado á nadie en sustitucion de mí. Aunque por otra parte nadie puede reemplazarme. Si tal ha sucedido, pronto mis uñas se pasearán por el rostro de la morcona y le rompe-

ré los cuatro dientes delanteros contra el canto del tablado. Cuando se usurpan mis privilegios, soy mala como un diablo.

—No tendrás necesidad de entregarte á ninguna carnicería,—dijo el Tirano.—No tenemos doncella. Leonarda era quien representaba tus papeles envejecidos y arreglados para dueña, metamórfosis asaz triste y de poco gusto, á que nos obligaba la necesidad. Si por arte de alguno de aquellos mágicos ungüentos de que habla Apuleyo te hubieses de repente trasformado en pájaro y hubieses venido á posarte en el alero del tejado para escuchar la conversacion que yo tenia con Blazius, te hubiera sucedido el caso raro para los ausentes, de oír tu elogio sobre tu estilo lírico, pindárico y ditirámico.

—Enhorabuena,—respondió Zerbina,—veo que sois los mismos buenos compañeros de siempre y que echabais de ménos á vuestra Zerbinita.

Algunos mozos de la posada entraron en el cuarto en el que dejaron lios, cajas y maletas, de los que pasó revista la doncella y abrió en presencia de sus dos camaradas, con el auxilio de muchas llavecitas pasadas por un anillo de plata.

El equipage de la jóven contenia bellos atavíos, ropa blanca finísima, guipures, blondas, piezas de terciopelo y de raso de la China, en una palabra un ajuar tan elegante como rico. Habia, además, un saco largo, ancho, pesado, forrado de pecunia hasta la boca, del que Zerbina desató los cordones y lo vació encima de la mesa sobre la que corrió el oro cual Pactolo acuñado. La doncella hundió sus pequeñas y morenas manos en el monton de oro, como una aechadora en un monton de trigo, levantando lo que podian contener sus palmas reunidas en forma de copa, luego las abrió y dejó caer los luises en brillante lluvia, más densa que la con que fué seducida Danae, hija de un rey de Argos, en su torre de cobre. Los ojos de Zerbina centelleaban con fuego tan vivo como el de las piezas de oro, las ventanas de su nariz se di-